

LENGUAJES DE LA MÚSICA

El Museo del Ejército dedica una exposición a su colección de instrumentos musicales

COMO el arpa de los versos del poeta romántico Gustavo Adolfo Bécquer, los «del salón en ángulo oscuro», la mayor parte de la colección de instrumentos de música del Museo del Ejército esperan la oportunidad de ser admirados por el público en el silencio de las áreas de reserva de la institución militar con sede en el Alcázar de Toledo.

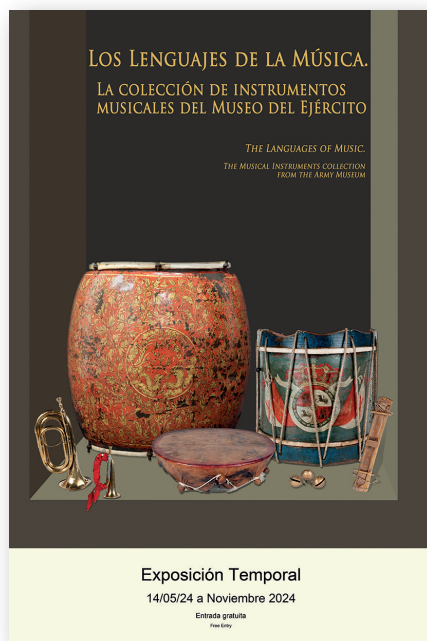
Pero, en su caso y al contrario que su célebre y mil veces recitada compañera, ellos no están olvidados de sus dueños. De hecho, la exposición que se presenta en estas líneas, titulada *Los lenguajes de la música. La colección de instrumentos del Museo del Ejército*, es fruto de la atención y las tareas cotidianas de la entidad castrense.

En concreto, la muestra dio sus primeros pasos gracias a la labor de velar por el buen estado de los bienes que custodia y al objetivo de promover su divulgación.

CON ENTIDAD Y VALOR PROPIOS

«Hace un año y medio o dos, trabajando con la colección de instrumentos de música, vimos la necesidad de recuperar algunos de sus compontes y la ocasión de ponerla en valor y difundirla», recordó la comisaria, Esther Rodríguez, jefa del Departamento de Arqueología y Patrimonio del museo, durante la inauguración de la exposición, celebrada el pasado 14 de mayo y presidida por el director del Instituto de Historia y Cultura Militar, el general de división Antonio Ruiz.

«Comparada con otras series del museo es pequeña —tiene unas cuarenta piezas—, pero es de gran valor a la hora de abordar la expresión musical en la historia de nuestros ejércitos», continuó. Además,



entra de lleno en el marco de las muestras temáticas del museo dirigidas a dar luz a sus colecciones menos conocidas.

Hoy, aquella iniciativa de una jornada normal de trabajo ha crecido hasta ser la nueva exposición temporal del Museo del Ejército, que va estar abierta al público hasta el próximo mes de noviembre.

Reúne 48 piezas, «todas, de nuestros fondos, alguna se ha pedido especialmente, pero porque está cedida en depósito. En total, son 18 instrumentos musicales y 30 bienes que ayudan a situarlos en su contexto», explicó su comisaria.

Esther Rodríguez se detuvo, asimismo, en su título: «lenguajes de la música», en plural. Se debe a que la colección no solo cuenta con piezas de carácter militar,

también reúne varios objetos de naturaleza etnográfica que llegaron a la Península desde Ultramar, en especial, de Filipinas.

También subrayó el papel protagonista de los instrumentos en la muestra, su alma y razón de ser. Rol reflejado en el cartel anunciador —a la izquierda—, un bodegón musical con una representativa selección de lo que aguarda al visitante.

DEL SIGLO XVII AL XX

Confeccionado en el propio museo, la comisaria aclaró que está inspirado en las emblemáticas naturalezas muertas (frutas, verduras, objetos domésticos...) tan cultivadas en el XVII, centuria que marca la antigüedad de la colección, con ejemplares de hasta el siglo XX.

«El cartel reúne, entre otros, un tambor del XVIII, una cítara filipina [o takumbo] y un timbal de la Casa Ducal de Medinaceli, reflejo del sincretismo entre tradiciones orientales y de occidente», indica Esther Rodríguez.

Además, dicho póster da la bienvenida al visitante. Tras él, arranca un recorrido dividido en tres áreas que, a grandes rasgos, dan protagonismo, sucesivamente, a los procesos de restauración, a los instrumentos militares y a los etnológicos. Finalmente, un audiovisual, también de elaboración propia, pone los bisés.

El primer espacio tiene un doble fin. Busca acercar al visitante a los comienzos del proyecto, en el que los trabajos de restauración han sido fundamentales. En este punto, enlaza directamente con el segundo objetivo: poner en valor el apoyo y patrocinio de la sociedad civil a la hora de preservar el patrimonio histórico-artístico en cualquier institución.



La comisaria explica la restauración acometida en el gong y en el tambor ceremonial, recogida en el primer espacio del recorrido expositivo.



La pintura representa a un joven tambor del siglo XIX, cuando la función de transmitir las órdenes recibidas la realizaban chicos menores de 14 años.



Timbal de la Casa Ducal de Medinaceli, ejemplo de mestizaje cultural al aunar elementos de oriente y occidente.



Los 22 grupos de miniaturas, entre figuras y dioramas, dan contexto a los instrumentos musicales militares y muestran diferentes épocas.

Para lucir en la sala, los instrumentos han recibido diferentes tratamientos de conservación. De ellos, once han sido rehabilitados en profundidad, proceso del que se ofrecen imágenes del antes y el después e información, datos que han desvelado alguna curiosidad, actualizado la catalogación, abierto nuevas vías de estudio, etcétera.

En ese grupo se encuentra, por ejemplo, el tambor del Regimiento *Saboya*, una recreación de principios del siglo XX de un modelo del XVIII. La copia fue un encargo de Alfonso XIII para una exposición en el Palacio Real. Al acabar, el propio monarca la donó al museo.

Se han tratado madera, policromía, cuerdas... Además, el proceso ha confirmado una restauración de 1950, descrita y firmada por el jefe del equipo que la llevó a cabo.

CUIDAR LA HISTORIA

«Como curiosidad, señalar que estaba montado al revés y, así, se ha ensamblado de nuevo, porque la conservación también ha de respetar la historia de la pieza y, eso, forma parte de ella. Todo ha quedado registrado para posteriores intervenciones», explicó la comisaria.

También, se le ha eliminado suciedad, hidratado la piel, fijado los colores y consolidado el metal de la caja del tambor de marcha (de entre fines del siglo XIX y principios del XX). Todo ello ha permitido que su escudo luzca como nuevo y reafirme los datos de su catalogación.

Otro instrumento militar incluido en este grupo es el cornetín de órdenes (siglo XX), sometido a una limpieza mecánica con bisturí. Además, se ha afianzado el metal y estirado sus fibras textiles.

Respecto a las piezas etnográficas, el proceso ha permitido, por ejemplo, actualizar la clasificación de dos fondos: el gong y el tambor ceremonial originario de la Conchinchina (Vietnam) y que llegó a la Península desde Filipinas.

«Con el tiempo se habían intercambiado sus mazas, que ahora han vuelto a reunirse con sus compañeros originales», apuntó la comisaria. «En el caso del gong —agrega—, el tratamiento ha dejado a la vista los números de referencia originales, los de su entrada en el museo, lo que ha facilitado corregir el error».



Imagen que muestra a un tambor de Granaderos del Regimiento de Infantería *Zamora*, del año 1779.

Además, como en las investigaciones de las películas policíacas, su limpieza permite contrastar hasta las huellas de los golpes de cada maza. «Se puede ver cómo los impactos del tambor ceremonial corresponden a una maza larga y al revés», matiza el asesor musical de la muestra, el cabo primero y músico Roberto Sánchez.

Presentados estos trabajos, tan costosos como necesarios, la exposición pone en valor el apoyo, ya apuntado, de la sociedad civil a la hora de que ese patrimonio pueda seguir cumpliendo años.

Así, la muestra destaca la colaboración de la Fundación del Banco de Santander, básica para organizar la exposición, ya

La colección cuenta con unos 40 instrumentos de carácter militar y etnográfico, de los que se exponen 18

que ha financiado la recuperación de las once piezas más dañadas.

El otro colectivo resaltado es la Fundación Museo del Ejército, soporte habitual de la institución y que, asimismo, ha participado en la rehabilitación de fondos para el proyecto.

A continuación, el discurso expositivo llega a su cénit, inmerso en un montaje diseñado al servicio de los instrumentos musicales.

FOCO EN LOS PROTAGONISTAS

Todos se exhiben en vitrinas individualizadas que los realzan, en un entorno neutro, con toques específicos que los acompañan, al igual que el resto de las piezas, situadas para dar vida a los instrumentos y situarlos en su contexto.

Los soportes aportan sensación de movimiento emulando las invisibles ondas del sonido y, en el caso de los fondos etnográficos, además evocan el vaivén del oleaje del mar, en alusión a su origen ultramarino.

Por último, acompaña a cada pieza un «QR», que se puede leer con el teléfono móvil y da información extra, pero, sobre todo, ofrece la posibilidad de escuchar y ver a los instrumentos.

Algunas interpretaciones —diferentes toques de órdenes— han sido grabadas para la ocasión por las unidades de música de las academias General Militar (Zaragoza) y de Infantería (Toledo), así como por la Unidad de Música del Regimiento *Inmemorial del Rey* número 1, que luego son también protagonistas en el video que cierra la exposición.

El primer toque que se puede escuchar es el del tambor de nación. Él abre la segunda parte del discurso expositivo, el dedicado a los instrumentos de carácter militar, a los que precede una gran gráfica con datos sobre la relación entre la música y los ejércitos. Entre ellos, su poder para transmitir mensajes y estimular el valor en la batalla desde la antigüedad.

Asimismo señala que, como en la exposición, los principales protagonistas en la música castrense son los instrumentos de percusión y viento, y así se presentan en la muestra, unos en frente de otros, con un pasillo libre para que sean admirados.

Los primeros se sitúan a la izquierda, por orden cronológico, empezando por

INSTRUMENTOS MUSICALES DEL MUSEO DEL EJÉRCITO

Uso militar



TAMBOR DE NACIÓN
Usado en Infantería desde el siglo XVIII. Se decoraba con el escudo real.



TAMBOR DEL REGIMIENTO SABOYA
Réplica de un modelo del s. XVIII encargado por el rey Alfonso XIII.



TAMBOR DE INFANTERÍA DE LÍNEA
De principios del pasado siglo XIX, con caja de latón.



TAMBOR DE MARCHA
De finales del XIX y principios del XX. Bimembranófono de percusión directa.



TROMPA DE SEÑALES
Conserva la primitiva forma de cuerno de sus orígenes, utilizada desde época romana.



CORNETÍN DE ÓRDENES
Sonido más agudo. Llega al Ejército a mediados del s. XIX.



CORNETÍN CURVO
Afinado en fa. Lleva una inscripción que lo acredita como obra del afamado Lahera.



CLARÍN
Armonizado en sol. Permite ser escuchado a mayor distancia y por encima del galope.



CORNETÍN-CLARÍN DE LLAVE
La llave, usada por Lahera, amplía su registro melódico.



CORNETA DE CABALLERÍA
Afinada en do y más conocida como trompeta.



CHIRIMÍA
De origen árabe oriental. Se documenta su uso en España desde el siglo X. Su nombre deriva de la voz andalusí que significa «turno», porque los músicos entraban al palacio por turno en su época.

Naturaleza etnográfica



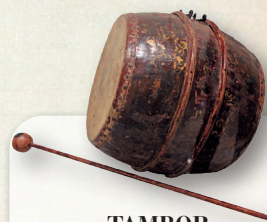
TAKUMBO O CÍTARA TUBULAR
Filipino, pequeño y de dos cuerdas, pero hay numerosos modelos.



CASCABELES O CAMPANAS DE TIGRE
Por las caras que los decoran. Origen chino, arraigados en Filipinas.



SULIBAO
Su música está ligada a la espiritualidad filipina y en el pasado al prestigio social.



TAMBOR CEREMONIAL
Origen, la Cochinchina (Vietnam). Llama a la oración en el templo.



TEBAL
Del Sahara Occidental, unido a la cultura local y al mundo de la mujer.



GONG
Se expone con la maza corta que le han asociado en las últimas investigaciones.



TIMBAL DE LA CASA DUCAL DE MEDINACELI
Ejemplo de mestizaje cultural, con elementos de oriente y occidente. Su forma es de tradición otomana, la decoración final es un lacado «a la chinesca» y emplea tensores a la europea del siglo XVI.



Un «Cusachs» y varias piezas restauradas

TREINTA piezas arropan a los 18 instrumentos protagonistas de la exposición *Los lenguajes de la música. La colección de instrumentos del Museo del Ejército*, presentada en estas páginas. Su labor es ponerlos en contexto, que el público asistente pueda contemplarlos en acción, desarrollando el fin para el que fueron creados. Es decir, darlos vida y razón de ser más allá de ser admirados tras sus respectivas vitrinas, a las que acompañan unos «QR», pensados con idéntico objetivo.

Al igual que los portadores de acordes y melodías, los fondos complementarios también pertenecen a la institución militar con sede en el Alcázar de Toledo. Algunos son tan singulares que podrían ser piezas fundamentales en otra exposición, como su cuadro *Maniobras de Infantería y Caballería*, del afamado pintor y artillero José Cusachs (1851-1908).

SIEMPRE PRESTOS A TRANSMITIR LAS ÓRDENES

En la escena, se aprecian «los cornetines de órdenes de sendos contingentes, perfectamente identificados y cerca de los mandos para transmitir con la máxima celeridad órdenes y movimientos a ejecutar por sus compañeros», explica el asesor musical de la exposición y músico, el cabo primero Roberto Sánchez.

No muy lejos del *Cusachs*, la muestra incluye otra pintura de mayor formato que plasma a un joven tambor con el instrumento de percusión cargado a modo de mochila. «Un trabajo de calidad y de finales del XIX», explica la comisaria Esther Rodríguez, jefa del Departamento de Arqueología y Patrimonio del Museo de Ejército.

La evolución de instrumentos musicales en los ejércitos se esboza, además, a través de 22 conjuntos de miniaturas. Estos forman parte de un grupo mayor —239 figuras— que se han restaurado en el marco de los preparativos de esta exposición.

Asimismo, han recibido diferentes tratamientos de recuperación y conservación la pintura al óleo *Danzarina saharaui*, que acompaña al tebal (instrumento de carácter etnográfico) y es obra del pintor africanista Carlos Tauler (1911-1988), y la estampa *Cazador, cometa y oficial*, del litógrafo Bernardo Blanco Pérez (1828-1876).

el recién mencionado tambor de nación. De madera y fondo azul. Eran usados habitualmente en los regimientos de Infantería desde el siglo XVIII e iban decorados con el escudo real. Todavía se pueden ver las marcas de sus baquetas, también de madera, al golpearlo. Se ha colocado sobre un espejo para mostrar también su parte inferior.

Al lado, se encuentra el del Regimiento *Saboya*, ya citado. Les acompañan un modelo de Infantería de Línea y otro de Marcha, también mencionado. El primero, de principios del siglo XIX, ya incorpora la caja de latón; y el segundo, de fines de esa misma centuria o inicios de la siguiente, «lleva un escudo troquelado que identifica la pieza como perteneciente al Imperio Ruso», explica la comisaria.

TAMBOR, MISIÓN DE RIESGO

Este se expone junto al cuadro de un joven con él a la espalda. La obra sirve para recordar que, por entonces, los tambores de los ejércitos no eran soldados, sino chicos que no superaban los 14 años, a pesar del peligro que entrañaba su función: siempre, en el punto de mira del enemigo porque, si ellos caían, se cortaba el flujo de órdenes y movimientos.

«Pasada esa edad, las reales ordenanzas de Carlos III, por ejemplo, les daban la posibilidad de incorporarse al Ejército como soldados», recordó Rodríguez.

Este último instrumento de percusión da paso a los de viento. Son siete los tipos representados, de la trompa de señales a la corneta —o trompeta— de Caballería y la singular chirimía.

La primera conserva la primitiva forma de cuerno de sus orígenes, ya era utilizada en época romana. También se ha usado en el ámbito civil, por ejemplo, en cacerías. A su lado, se exhibe el cornetín de órdenes, que se afina en clave de fa y produce sonidos más agudos.

La primera se incorporó al Ejército español en la segunda mitad del siglo XIX. En general, las piezas de este grupo datan de este momento y, en más de un caso, como el cornetín curvo, salieron del afamado taller madrileño del maestro Hipólito Lahera, que abrió sus puertas en 1858.

Dicho modelo se usaba en los batallones de Infantería ligera y compañías de cazadores. El clarín, afinado en sol, podía escucharse a más distancia y por encima del galope de los caballos.

La exposición también dedica un espacio a mostrar los trabajos de restauración acometidos en varias de sus piezas

El cornetín-clarín de llave, por su parte, sobresale por las posibilidades melódicas que le da esta última. En su momento, fue además una ayuda para los intérpretes. La llave reducía el aire necesario para funcionamiento, lo que mejoraba su salud.

La corneta de Caballería, con el sonido más grave, forma parte de las actuales bandas de clarines, y, la chirimía está, en cierto modo, a caballo del mundo militar y el etnográfico, que conforma la tercera parte de la muestra.

Es de origen árabe oriental, pero su utilización en España está documentada desde el siglo X. Su nombre deriva de la voz andalusí que significa «turno» porque, así, aguardando su vez, entraban los músicos en palacio en aquella época.

DE CARÁCTER ETNOGRÁFICO

Los instrumentos de naturaleza etnográfica del museo y de la exposición proceden, en términos generales, del interés por el coleccionismo de moda a finales del siglo XIX en toda Europa y al que no eran ajenos los militares.

Muchos regresaban de sus destinos en ultramar con objetos propios de los lugares donde habían prestado servicio y, con el tiempo, pasaron a engrosar las colecciones del hoy Museo del Ejército.

Alguno también procede de otra práctica muy en boga en la misma época: las exposiciones universales. En concreto, fueron requeridos para la cita de Filipinas'1887, celebrada en Madrid, villa y corte del reino, y no volvieron.

La mayoría son, precisamente, del archipiélago descubierto por la expedición a la Especiería (Magallanes-Elcano) y, bien son originarios de allí o llegaron desde sus costas hasta la metrópoli.

El bloque presenta un total de siete instrumentos, todos de percusión, menos uno, que es de cuerda. Se trata del takumbo o cítara tubular, típico de Filipinas y con una gran variedad de modelos.

El de la muestra es pequeño y de dos cuerdas y, en general, tienen un papel principal en celebraciones como los nacimientos y las buenas cosechas.

A su lado, el grupo de percusión, todos oriundos de Asia menos dos, el tebal,



En primer plano, uniforme de un tambor del XVIII; en el cuadro, otro del s. XIX; tras ellos, los instrumentos de viento, entre los que se distingue al final de la serie la corneta de Caballería y la chirimía.

del Sahara Occidental, ligado al mundo femenino —lo tocan las mujeres— y el timbal de la Casa Ducal de Medinaceli, ejemplo de mestizaje cultural y último instrumento protagonista.

Aquí están el gong y el tambor ceremonial de Conchinchina ya mencionados, que se exhiben con sus respectivas mazas.



Panoplia de armas en miniatura filipinas con objetos cotidianos e instrumentos musicales.

Hay tres pares de cascabeles o campanas de tigre, por las caras del felino que las decora. Son de origen chino, pero fueron adaptados por los pueblos filipinos de Mindanao, Mindoro y Palawan. Se emplean como adorno personal y amuleto para ahuyentar los malos espíritus, pero también pueden ser símbolo de poder y riqueza de un guerrero.

El sulibao es el último representante de esta serie. Su música está relacionado con creencias espirituales y tienen un doble protagonismo en la exposición, ya que también pueden verse dos ejemplares en la panoplia musical publicada en *El Globo* con motivo de la exposición internacional de 1887 y reproducida en la muestra.

En ella hay dos sulibaos que, por la información existente, podrían ser el ahora presente en las salas del Alcázar de Toledo y otro que conserva el Museo Naval de Madrid, una hipótesis lanzada al aire por la comisaria de la exposición que abre nuevos horizontes para la colección de instrumentos musicales del Museo del Ejército y su valor histórico-cultural.

Esther P. Martínez
Fotos: Hélène Gicquel